

ATENE O BARCELONES

**EXPLORACION ELEMENTAL  
POR EL LABERINTO ESPIRITUAL  
DEL MUNDO DE HOY**

Discurso pronunciado por el Presidente  
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ  
en el acto de inauguración del Curso 1958-1959  
del Ateneo Barcelonés



Curso de 1958-1959

Ateneo Barcelonés  
BIBLIOTECA

---

N.º 74892

Arm. 215

Est. V

MINISTERIO  
DE CULTURA



**EXPLORACION ELEMENTAL  
POR EL LABERINTO ESPIRITUAL  
DEL MUNDO DE HOY**



MINISTERIO  
DE CULTURA

MINISTERIO  
DE CULTURA



ATENE O BARCELONES

**EXPLORACION ELEMENTAL  
POR EL LABERINTO ESPIRITUAL  
DEL MUNDO DE HOY**

Discurso pronunciado por el Presidente  
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ  
en el acto de inauguración del Curso 1958-1959  
del Ateneo Barcelonés



Curso de 1958-1959

MINISTERIO  
DE CULTURA



R. 74892

Dignísimas autoridades, señoras y señores:

Habla a ustedes el Presidente de la Corporación, a quien por precepto reglamentario corresponde pronunciar este discurso; es decir, hablo como Presidente del Ateneo, sin doble personalidad. Creo que después de esta aclaración, estarán ustedes en mejor disposición para comprender el significado y alcance de la oración.

El parlamento que voy a iniciar se estructura como una parte del conjunto de los discursos que he venido pronunciando desde esta tribuna en cumplimiento de los Estatutos del Ateneo, como Presidente, en sus sesiones solemnes de apertura de curso. La idea capital de aquel conjunto era la del malestar general que domina al mundo, la sensación de disgusto, de desgana; lo que un día llamé la angustia universal y que da lugar a una serie de constantes desequilibrios en casi todas las manifestaciones de la vida social. Por esto, el tema de que hablaré hoy es el del *laberinto* espiritual.

Por qué se habla de laberinto

Un laberinto es un recinto, un espacio cerrado, arbitrariamente dispuesto de manera que los accesos o pasillos del mismo se cruzan y se entrecruzan, y el que se encuentra en él anda del todo desorientado y le es muy difícil dar con la salida. En efecto, con la terrible confusión de las ideas de nuestros días, cuando vemos que están amenazadas de disolución las instituciones más tradicionales, como la clase media y la familia, que motivan dramáticas apelaciones a la conciencia pública para que trate de salvarlas, observando que las instituciones o estructuras que se forman son endebles y las grandes dificultades que hay que vencer para ver si son posibles esas superestructuras políticas o económicas que constituyen la esperanza de hoy, entonces podemos afirmar que el hombre que piensa se encuentra actualmente como perdido en un laberinto por el que camina fatigado, con desaliento y sin esperanzas de encontrar la salida.

Hace sólo unas semanas una respetable empresa industrial de nuestra tierra, preocupada por el rumbo que toma la depresión industrial en uno de los sectores de nuestras actividades productivas, destacó a persona calificada de su equipo para que hiciese una información por España, entrevistando y preguntando a un centenar de almacenistas, comerciantes, etc. Yo he leído este informe y la conclusión es la siguiente: "Es inquietante, decía, que

nadie opina, nadie propone, nadie hace una sugerencia; quizá, como una señal de los tiempos, es que nadie piensa". Y en efecto; las personas interrogadas se cruzaban de brazos indiferentes y las que creían pensar decían simplemente: "La solución ha de venir desde arriba". Desde arriba, naturalmente, significa que la solución tenía que darla el Gobierno.

Esta observación pesimista es la que me sugirió el tema de esta conferencia, porque a esta indagación que se ha hecho para una particularidad de nuestra economía, para un hecho circunstancial, casi diríamos puramente episódico, se le puede dar una proyección universal, un alcance total, porque realmente, decía el comentarista: "quizá signo de los tiempos" y el signo de los tiempos parece ser éste, no se opina, no se piensa.

Impotencia  
de la ciencia  
moderna

Puede creerse un contrasentido afirmar que no se piensa en nuestros días, precisamente cuando la ciencia ha alcanzado los mayores vértices de su desarrollo, la cultura se ha extendido como nunca, cada día se ganan batallas definitivas al analfabetismo, sobre la tierra hay mayor número de intelectuales y sabios como jamás existieron. Luego, tendríamos que llegar a la conclusión de que, a pesar de tan gran equipo, la ciencia es impotente para resolver los problemas actuales. Y quizá estamos así en lo cierto, porque, considerándolo bien, los grandes desarrollos de la ciencia y de la técnica no han servido para darnos la alegría y la satisfacción de vivir. Esos grandes desarrollos y esos progresos únicamente han dado al hombre de hoy la sensación fría de un orgullo sin calor. No sabemos sacar la sustancia, gozar del jugo de esos perfeccionamientos técnicos y de los progresos científicos; alguien comentaba no hace mucho: "El hombre de hoy tiene una mala conciencia o una conciencia enferma", porque paralelamente a esos grandes desarrollos técnicos y científicos el hombre sigue en su actitud de indiferencia, de desgana y de pesimismo. Cuando ocurrió la llamada revolución industrial inglesa, se sucedieron entonces de una manera vertiginosa los inventos uno tras otro, y ello hizo que se esparciese por el mundo una gran corriente de optimismo, que motivó las exaltaciones de Condorcet, las imágenes de Diderot, pero que, sobre todo, sirvió para fundamentar una economía sana, una economía dogmática, de precisión en sus fundamentos y principios y sus reglas normativas, una economía basada fundamentalmente en el optimismo.

Y ahora se habla de una segunda revolución industrial, que tiene muchísima más enjundia, muchísimo más alcance que la primera; también se suceden vertiginosamente los inventos, se multiplican los perfeccionamientos técnicos de toda clase, pero el hombre no reacciona con optimismo, sino con indiferencia, y la tónica de nuestros días es fracamente el pesimismo. Quizá podre-

mos explicarnos esto precisamente porque hay una superciencia, una hipertrofia científica, una polarización del conocimiento, y el conocimiento, cuando no es más que intelectual, cerebral o científico, no nos da más que un aspecto parcial y muy limitado de nuestra vida, de nuestra existencia. Observad que cuanto más el hombre se aísla en la ciencia y se concentra en ella, más se va distanciando de esos otros elementos que son los sentimientos, las afecciones, los ideales; es decir, lo que en realidad forman los aglutinantes de la unidad de nuestra vida, la razón fundamental de nuestro vivir. Sin duda pensaba así John Dudley cuando, en cierta ocasión, al ir en busca de su amigo Henry Miller y no encontrarlo en su domicilio, escribió con tiza en la puerta de la casa: "Cada vez que oigo pronunciar la palabra cultura me dan ganas de echar mano del revólver". Y Marcel de Corte, en un libro todavía no publicado impreso, pero que por un especial privilegio del autor me ha sido dable leer en cuartillas mecanografiadas y meditar sobre ello, hablando de los filósofos, que son los que tendrían que darnos las definiciones precisas de los problemas y las soluciones de los mismos, dice que "los filósofos modernos se caracterizan porque están desprovistos de filosofía; les abortó en la impotencia".

Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que los males de que se queja la humanidad presente no nos provienen del exterior, de elementos o factores externos, sino que están en nosotros mismos; es decir, estamos en el laberinto porque voluntariamente nos hemos metido en él. Así se explica que los filósofos y los pensadores de toda clase hoy revierten a la consideración del hombre mismo y hay quien pregunta: ¿Qué es ese extraño ser, el hombre? Otros hablan de la incógnita del hombre. Miller, a quien antes me he referido, escribe sobre "El hombre se busca a sí mismo". Y, además, esta gran contradicción, la que se exponía no hace muchos días, al preguntarse una publicación londinense: "¿Hombre o robot?"; es decir, por una parte el hombre que se ve materializado, tanto que se convierte en un instrumento casi mecánico, que va secando todas las fuentes de su espíritu; y por otra parte, el hombre, como demostración del poder de su suprema ciencia — de ello creo que hablé ya en otro ocasión — va tratando de construir un organismo mecánico, el robot, que hará todo lo que el hombre pueda hacer menos estar dotado de espíritu, tener la conciencia de sus actos.

Es después de este preámbulo, señores, que yo invito a ustedes a que me acompañen un poco en esa exploración por el laberinto del espíritu de nuestro tiempo, y a la que he puesto el calificativo de "elemental" para que no se sobresalten ustedes pensando que me voy a elevar en consideraciones abstractas o demasiado filosóficas.

Entramos en el laberinto para afrontar primero este problema, el del hombre que se busca a sí mismo. Esto tiene varias interpretaciones; la primera, la más general, la más vulgar, es puramente mesiánica. Para resolver los problemas del mundo, para hallar solución a los problemas generales de cualquier país, o a los específicos del mismo, en suma, para darnos la felicidad que todos deseamos, lo que hace falta, en cada caso y circunstancia, es dar con el hombre, el hombre super-dotado, excepcional, el hombre-providencia, que sea capaz de resolvernos todos nuestros problemas. Esta creencia y esperanza en el hombre providencial, es de todos los tiempos y de todos los lugares. En nuestros días seguimos pensando lo mismo. Fíjense ustedes con qué facilidad y propensión llamamos milagro y asociamos a esta palabra un nombre personal cuando se ha resuelto, por razón de circunstancias, un problema cualquiera, y hablamos del "mago de las finanzas", del "mago de la economía", cuando en la realidad de los hechos es posible y suele suceder, que el mago tenga la menor participación en el hecho que se ha registrado. Esos *milagros*, no son obra de un hombre, no son la maravilla sorprendente de un mago, no son propiamente milagros, sino el efecto de la conjunción de una serie de elementos y circunstancias concomitantes o coadyuvantes para que se produzca aquel hecho o se den aquellas condiciones favorables. Esta interpretación es fetichista, egoísta y abúlica, porque cree que la felicidad nos la han de servir en bandeja de plata. Es el concepto de que el ciudadano, por el sólo hecho de serlo y tener un Gobierno constituido, se considera como situado en una de esas plataformas o escalera rodantes que, sin esfuerzo alguno de nuestra parte, nos conducen a un término por una fuerza extraña de propulsión. Así la fuerza propulsora debe ser el Gobierno, tutelar, patriarcal, pero que no nos exija de nuestra parte, para esa felicidad a la que creemos tener derecho, esfuerzo alguno, mucho menos sacrificio, ni tampoco privación. Esto, como digo, es de todos los tiempos y de todos los lugares. Pedimos el hombre que ha de salvarnos; si se trata de una mala situación de la economía, al economista mágico; si el mal es un problema de sociología, el sociólogo milagroso; para cada caso buscamos con ahinco, como Diógenes con su linterna, el hombre excepcional, el hombre-providencia. ¡Ah!, pero si después no se opera el milagro que, naturalmente, no se hace, entonces le llevamos a la picota del descrédito, le denigramos, y acaso es posible que también le crucifiquemos.

Porque los pueblos antiguos sufrieron más que nosotros, sufrieron las hambres auténticas, las privaciones mayores y los dolores y no tenían más esperanza que la llegada del Mesías que anunciaban los profetas, Dios escuchó aquellos lamentos y aquellas esperanzas y se hizo Hombre. Cristo vino a la tierra, y para que

no se dudase de Él, por la desconfianza ingénita en el hombre, operó grandes milagros: el milagro del pan y de los peces podía significar que por voluntad divina ya no habría en lo sucesivo preocupación alguna para el abastecimiento, para cubrir nuestras necesidades materiales; sanó a enfermos incurables; liberó del peso del remordimiento a conciencias atormentadas de grandes pecadores; resucitó muertos. Pero no vino a decirnos que de allí en adelante esto sería la norma de nuestra vida, que todo sería fácil y sencillo. Jesucristo nunca dijo que nos liberase de aquella sentencia divina: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente" y tampoco afirmó que, desde entonces en adelante, iba el hombre a tener una vida libre de todo dolor, de esfuerzo y de toda angustia. Lo que hizo es enseñarnos un camino, el que predicaron después los Apóstoles, el camino que nos muestran los Pastores de la Iglesia, el camino de la conformidad, de la resignación, el de la conciencia de cada uno de situarse en el lugar estricto que le corresponde, de elevarse por el esfuerzo noble, amar al prójimo; así, seguramente, con una pureza de alma y con un equilibrio espiritual más perfecto, habríamos encontrado y avanzado bastante por el camino de nuestra auténtica felicidad.

Pero esto parece que no entra hoy en la conciencia materializada de los hombres de nuestros días en los países que se tienen por más avanzados. Por esto los filósofos ya no buscan el hombre singular, sino que buscan *al hombre*. En la filosofía se habla de que hay que reinstalar al hombre en el mundo porque se da cuenta de que se le escapa el dominio de su universo y se le escapa porque no tiene el espíritu necesario para dominarlo. Así se habla de que es indispensable que cada hombre se haga un examen de introspección; es decir, de la misma manera que si nos situamos delante de un espejo vemos las manchas y defectos de nuestro rostro y nos ponemos en condiciones de corregirlos, así es necesario que el hombre se sitúe ante el espejo ustorio de su conciencia, vea las manchas y los defectos de su espíritu y se apreste a enmendarlos. Pero, así como ocurre a veces que nos rebelamos contra lo que el espejo nos descubre y si no rompemos el espejo por lo menos le volvemos la espalda, también, como no podemos romper nuestra propia conciencia, el hombre de hoy prescinde de ella, le vuelve la espalda. ¡Qué pocos hacen ese examen de conciencia riguroso para conocerse y censurarse a sí mismos antes de dedicarse a censurar a los demás! Por esto los filósofos se preguntan insistentemente, ¿qué es el hombre? ¿Es este ser seco de espíritu, escéptico, que va por la vida como un sonámbulo, indiferente a todo? ¿Es este otro exaltado, que no piensa más que en divertirse frenéticamente y que cuando se queja después del desequilibrio de su presupuesto doméstico y se

Filosofías sobre  
la incógnita  
del hombre

le hace observar que quizá gasta mucho, se revuelve airado y exclama: "¿es que no tengo derecho a divertirme?", confundiendo la diversión normal, equilibrada, con el desgaste de estrago y la exageración morbosa de unas diversiones que en realidad acaban en aburrimiento y displicencia. ¿Es el hombre ese ser dominado por las pasiones que anulan su personalidad? ¿Es ese otro, atento exclusivamente a las acumulaciones cuantitativas de dinero o de honores? Así iríamos viendo cómo sobre la mesa de disección y análisis del filósofo no aparecen más que estos y otros casos clínicos, en busca ¿de qué?: En busca del hombre ideal, auténticamente equilibrado en su organismo físico y en su espíritu. De esta manera se ha ido formando un antropomorfismo que en realidad no es más que una degeneración congénita de la inteligencia.

Hay otros que se afanan en la construcción del hombre "tipo", del hombre standard, que reúna todas las cualidades necesarias para la convivencia social, porque la felicidad está en esto, en la vida en la comunidad. Así se construye una filosofía moral, que en su concepción tiene grandes atractivos, pero que vemos tiene pocas realidades y no sirven sus fórmulas para las soluciones prácticas.

El hombre  
quiere salirse  
del planeta

Quizá porque el hombre está cansado de filosofías que nada le resuelven, se puede observar que ahora va creciendo y aumenta cada vez más la ilusión de que la salvación está en escaparse de nuestro planeta. Todos seguimos atentos, con afán que a veces no pasa de curiosidad puramente novelesca, como si leyésemos una novela de Julio Verne, pero otras con una cierta remota esperanza y algunos hasta con la impaciencia de que parece se les hace tarde, todos, digo, nos interesamos en los esfuerzos científicos y experiencias que se hacen para ir a las vías extraplanetarias. Aspiramos a recorrer los espacios siderales, ensayando cohetes dirigidos a la luna; va formándose la creencia de que posiblemente alcanzaremos Marte y no se tiene por absurdo que un día también llegaremos a Venus. Esto, que hoy constituye como una atracción, pero que ya va tomando proporciones de preocupación, pocos han querido penetrar en su alcance y deducir que no es un hecho puramente circunstancial y episódico ni una manifestación del desarrollo científico de nuestros días, que permite estas audacias ni tampoco una consecuencia natural del desarrollo de las armas nucleares. En realidad todos esos avances y experiencias tienen unas raíces más profundas y sus móviles están en los impulsos que laten en el fondo de la historia misma. Estos móviles yo creo que son dos. El primero es el que el hombre, ya cuando vivía en un espacio reducido, siempre, al encontrarse frente al mar o frente al espacio aéreo, sintió la curiosidad por penetrar en ellos; en esos espacios que son inhumanos, porque el hombre

puede penetrar momentáneamente allí, pero no puede establecer en ellos su morada. Hoy, en que el hombre de nuestros días cree que conoce lo ancho y lo largo de nuestro planeta, siente más el afán de dominar la tercera dimensión y puesto que no puede establecerse en el espacio, cree que éste puede ser un vehículo para llegar a otros planetas siderales.

Aparte de este anhelo y curiosidad, el otro impulso es la propensión a soñar, el ansia infinita por un goce y bienestar que no encuentra a su alrededor y que es como la nostalgia del paraíso perdido. Pensamos en la posibilidad de encontrar fabulosos tesoros escondidos, riquezas incalculables, imaginarias, o unos placeres fantásticos y descubrir continentes edénicos. Cuanto más los pueblos viven en la miseria, en la privación, más alimentan esos sueños quiméricos. Yo diría que es como los que mueren de inanición. Se dice que éstos se extinguen soñando que participan en festines de abundancias y exquisiteces pantagruélicas; y así los pueblos que viven la miseria espiritual de nuestros días parece que se consuelan con estos sueños fantásticos de llegar a otros planetas desconocidos. No hace muchos días un destacado político norteamericano prometía en esos intentos el bienestar que no conseguimos en nuestra tierra y que lo lograríamos con los progresos de la ciencia para llegar a otros lugares de los espacios siderales.

¿Cómo se pueden considerar esos esfuerzos que están realizando los científicos de hoy y que despiertan la curiosidad de todos y excitan la ilusión de muchos?

El filósofo los mira desde el punto de vista de la constante inquietud y desasosiego de la imaginación del hombre que quiere utilizar su razón en busca de los medios que den satisfacción a todas sus ansias imaginativas. El hombre es por naturaleza inconformista y, fijos bien, donde comparece, bien con su fuerza o con su habilidad, rompe la armonía de la naturaleza, rompe los equilibrios establecidos por la Providencia. El Creador puso en cada zona del mundo las especies animales y las especies vegetales adecuadas para que allí se desarrollasen con arreglo a una climatología y tuviesen su modo peculiar de vivir; pero comparece el hombre y los extrae de aquellas zonas, y con invernaderos, estufas o con cámaras frigoríficas, por medio de cruzamientos, de injertos o de replantes, trata de violentar las leyes de la naturaleza aclimatándolos a otros lugares. Donde no hay unos minerales, el hombre que los desea inventa los sustitutivos. El hombre es de espíritu destructor, mata a todos los animales que no le son útiles y a los otros los domestica; pero cuando ya no le sirven los mata también. Pues bien, ese espíritu del hombre que se complace en romper los equilibrios y la armonía de la naturaleza y parece que violenta constantemente la voluntad del Creador, es el que se manifiesta ahora. Le parece poco el romper los equilibrios de

la tierra que habita y con el orgullo ilimitado de la razón humana trata de romper los equilibrios que la naturaleza tiene establecidos en los grandes espacios siderales, pretende violentar todas las leyes de la armonía universal para hacer acto de presencia en otros planetas, a distancias astronómicas, en otros lugares remotos y desconocidos.

Para los sociólogos esos intentos suscitan la extrañeza de que se buscan aventuras arriesgadas, nuevas complicaciones peligrosas, como si no fuesen bastantes nuestras dificultades presentes. Siempre que se habla de tales propósitos se presupone una expedición armada. Cuando se nos representa a los supuestos marcianos, lo hacen equipados de armas imaginarias y elementos para el ataque o la defensa, y los sociólogos se preguntan, ¿no basta que sobre todos los continentes de la tierra existan tantas guerras abiertas y otras latentes y tengamos constantemente la amenaza de una terrible guerra mundial, para ir a complicarnos más la vida con aventuras vesánicas, de ir en busca de seres ignorados y nuevos peligros de magnitud desconocida?

Finalmente, los economistas se indignan de que, sin haberse agotado las posibilidades de riqueza de nuestro globo, cuando descubrimos y comprobamos que regiones tenidas hasta ahora por inhospitalarias contienen los más estimables productos, como ocurre en el Sahara, antes desierto, donde las tempestades de arena enterraban las caravanas y la sed las extinguía, al presente ofrecen prometedoras el petróleo, minerales y otras riquezas apreciables, y cuando el malestar del mundo no es precisamente por escasez de bienes sino por mala distribución de los mismos, se alienta la temeridad de ir a otros planetas a explorarlos, cuando no hemos explotado suficientemente el nuestro y hemos demostrado la incapacidad para la distribución equitativa y el aprovechamiento racional entre los pueblos del orbe. A cuenta de esta quimera se despilfarran sumas incalculables de esfuerzos y bienes que podrían tener mejor aplicación en remediar necesidades positivas e insatisfechas.

En el Antiguo Testamento se explica que los hombres de aquel tiempo tuvieron la ambición de poder escalar el cielo, que ellos suponían estaba detrás de las nubes, construyendo la Torre de Babel y Dios confundió el orgullo desmedido de aquellos hombres haciendo que no se entendiesen, cambiando sus idiomas, y tuvieron que esparcirse poblando los continentes del mundo. Hoy la Providencia parece también que para castigar la mayor osadía de los hombres, que no es que quieran penetrar en el cielo, pero sí violentar todas las leyes de la armonía y equilibrio del universo, haya querido confundirnos, pero ahora no como antes, en el lenguaje, que esto no tendría importancia, pues tenemos traductores, intérpretes, y disponemos de diccionarios; ha hecho más,

confundiendo nuestros entendimientos, porque la verdad es que en el mundo de hoy no nos comprendemos. No se entienden los Continentes ni los Estados de un mismo continente, no se entienden los Departamentos dentro del Estado mismo, ni siquiera los ciudadanos de cada país. Aquellos intentos en cuestión van estrechamente unidos al desarrollo de las armas atómicas, que nos amenazan de destrucción total.

Esta falta de inteligencia entre los hombres se polariza hoy, tiene un exponente peligrosísimo, en la separación de dos mundos: el Oriente y el Occidente. ¿No es el problema de esta separación el más angustioso de nuestros días, el que nos plantea todas las dificultades constantes de guerra fría y tememos que a cada momento pueda calentarse y producir la guerra más devastadora, la guerra que acabe con la propia humanidad? Pues bien, con ser tan trascendental este problema de la separación de Oriente y Occidente, se considera de la manera más superficial, de la manera más vaga. Muchos piensan: Si no hubiese ocurrido la guerra de 1914 y la derrota del Imperio ruso, la revolución soviética no hubiera tenido razón de ser. Otros creen que el error proviene del Gobierno imperial alemán de poner un tren a disposición de Lenin y de sus amigos para que fuesen a Rusia a provocar la revolución. No faltan los que afirman que sin los graves errores incurridos en las conferencias de Yalta y de Postdam por inteligencias enfermizas o las ofuscadas por la pasión no se hubiera producido el hecho actual de la división del mundo en dos. No, cada uno de estos supuestos no pasa de ser un factor aislado, a lo sumo concomitante; pero cuando ocurre un hecho tan trascendental como éste y perdura a través de los años, es porque tiene raíces más hondas, los móviles obedecen a unos fundamentos históricos que hay que buscar y que hay que seguirlos en su desarrollo para comprender bien.

Las raíces  
históricas  
del conflicto  
Oriente-  
Occidente

En efecto, en el año 1835, Alexis de Tocqueville escribió poco más o menos esto: En el mundo hay dos pueblos que están llamados a grandes destinos; cada uno, partiendo de diferente punto, parece avanzarse hacia el mismo fin, pero empleando un elemento diferente; son los rusos y los anglosajones. Los rusos tienen por medio la servidumbre; los anglosajones tienen como medio la libertad; y sentenciaba: llegará día en que cada uno de estos pueblos tendrá en sus manos el dominio de la mitad del mundo. Fijaos que esto está escrito hace más de ciento veinte años y no era una simple profecía de acierto casual, sino que se trata de un historiador que observaba los hechos y por ellos preveía a distancia esa separación y doble dominio que en nuestros días se han confirmado; porque, en efecto, Oriente y Occidente, rusos y anglosajones, con una pequeña desviación del eje de estos últi-

mos, que de Inglaterra ha pasado a Estados Unidos, el problema sustancialmente sigue siendo el mismo. Hoy cada uno tiene en sus manos, en realidad, el dominio de medio mundo, pero no están enfrentados en una posición pacífica sino mirándose con aire de desafío y preveyendo que a cada momento puede ocurrir el violento choque.

Aun es más explícito, más ilustrativo, lo que escribía Funck Brentano unos cuantos años más tarde, exactamente en 1875. Decía así: En el este de Europa, en sus fronteras mismas, hay unos pueblos de raza verdaderamente joven: es el mundo eslavo. Esos pueblos son poco conocidos y mal comprendidos. Algunos observadores sólo hablan de la rudeza y de la barbarie, cuando lo que les falta a esos pueblos son ideales, sentimientos y virtudes complejas. Lo que algunos consideran en estos pueblos como vicio no es más que la falta de cultura y de desarrollo social conveniente. Añadía: pero, el mismo fetichismo aristocrático y religioso de ese pueblo indica que necesita de una gran creencia, de una fe inmensa y el día en que la encuentren, esos pueblos se habrán abierto camino para los más grandes destinos históricos. Será su época heroica y amenazarán al mundo, el día — decía Funck Brentano — en que eleven sus creencias en una fe basada en la inteligencia y la experiencia y tenga un móvil que la empuje. Se anunciaba que la raza eslava amenazaría al mundo y pareció llegar ese momento con la revolución que implantó el comunismo.

El comunismo fué en sus momentos iniciales para Rusia una religión, un mito; se predicó que el comunismo iba a resolver integralmente todos los problemas y el pueblo ruso puso fe en él. Si esta fe del principio se hubiera mantenido, si el pueblo ruso hubiera encontrado satisfecha el ansia de creencia infinita, de que hablaba Funck Brentano, en las prácticas comunistas, la conquista del mundo por los eslavos, los herederos de nuestra civilización, como decía aquel publicista, estarían ya en posesión de la herencia. No ha sido así porque los dirigentes de la revolución rusa equivocaron el camino; no supieron explotar el fondo místico que hay en el alma rusa, no quisieron respetar la tradición histórica de su pueblo; se mostraron incapaces de encauzarlo organizando instituciones que iluminasen sanas costumbres privadas; pensaron, por el contrario, que el caso era subvertirlo todo y que era mejor llevar al campo los vicios, las corrupciones y vida disoluta de la ciudad. De esta manera se quebró el elemento unitario principal del espíritu de la revolución rusa, el misticismo, y los propios dirigentes tuvieron que rectificarse inmediatamente; se rectificaron en economía con la NEP y se han rectificado en otros aspectos. Así podemos afirmar que la raza eslava perdió su coyuntura histórica, se malbarató el momento que decía Funck Brentano, en el cual podía con una nueva civilización sustituir a la

civilización que nosotros nos empeñamos en considerar caduca y decadente. Hoy frente al mundo occidental no hay más que una potencia fuerte, que para disimular sus resquebrajaduras internas y sus debilidades y problemas interiores provoca esa inquietud constante de un mundo para el cual la U. R. S. S. no es más que una amenaza, pero está muy lejos de representar una nueva civilización. Lo único que el régimen actual ha conservado y aumentado es la servidumbre, el principio de esclavitud.

Este aspecto a que acabo de referirme es el más inquietante que observamos en nuestro laberinto. Salimos de él, porque, realmente, amenaza a cada momento hundimiento, y vamos a buscar la salida por un lado más elevado y científico, a ver si la solución está por otro campo. Acompañenme ustedes en el recorrido.

Confusionismo  
y miseria  
de las ciencias  
político-sociales

El recinto donde ahora penetramos nos sorprende, porque hay un griterío enorme, un gran alboroto; hay mucha gente y todos hablan a la vez, discuten. Nosotros entramos en él con un cierto temor, pero a la vez también con alguna esperanza; el temor nace de este griterío que nos aturde y de la confusión consiguiente; la esperanza es porque nos han dicho que en este lugar están los hombres de las ciencias político-sociales, y los que las cultivan son los que saben de las estructuras de las sociedades naturales y políticas que forman los seres humanos, saben de su funcionamiento, de sus defectos y deben conocer los remedios para aplicar a los males y corregir tales defectos.

Apenas entramos observamos que hay unos hombres que hablan campanudamente, pronuncian discursos altisonantes, dicen cosas que parecen razonables y nos interesan; pero en seguida salen de la segunda y tercera fila otros que son los improvisadores, los aficionados, que repiten lo mismo que han dicho los anteriores, pero, por supuesto, de manera peor y más confusa. Unos y otros tienen de común que, blandiendo cada uno su libro, dice, "aquí está la solución" y algunos hablan de la primera, de la segunda y de la tercera solución para las cuestiones político-sociales, como si nos diesen una facultad de opción. Nos alarma ver a tanta gente, que todos hablen y discuten acaloradamente, rodeados de tantos libros; nos alarma, sobre todo, cuando nos detenemos a considerar que después de siglos de existencia de las ciencias político-sociales, después de publicarse sobre ellas en letra impresa posiblemente mucho más de lo que se haya publicado en todas las demás ciencias juntas, ahora resulta que estamos en el comienzo; se está discutiendo todavía sobre el carácter y contenido de estas ciencias, su sistemática, su metodología. Y por un lado vemos el grupo de los que, como Harold Lasswell, se entretienen en grandes disquisiciones teóricas y sutilezas profundas, hablan un lenguaje elegante y seductor, entretiene la lectura de sus libros, pero no se

salen de un terreno puramente académico. Otro grupo, por el contrario, se esfuerza en construir una sistemática práctica de reglas y de preceptos, una dogmática de cánones para que sirvan de norma en el papel social que asigna a los científicos en la gobernanación de los Estados. También hay otro grupo, con Arrow y Bavelas, por ejemplo, que se empeña en convencernos de que las construcciones sociales, las sociedades humanas, son construcciones igual que las físicas o geométricas y que por consiguiente se rigen por las reglas y fórmulas matemáticas; es decir, que tomando la regla de cálculo en una mano y la tabla de logaritmos en la otra, se pueden resolver todos los problemas sociales.

Por si no era bastante esta confusión conceptual, que de nada sirve para resolver los problemas prácticos, cuando penetramos en la observación y estudio de las ciencias político-sociales hay algo que todavía nos sorprende más y es que mientras todas las demás ciencias han progresado de manera palmaria y evidente, las político-sociales están en un atraso lamentable y viven de la pobreza de unos cuantos conceptos que no hacen más que revestirlos con ropajes diferentes, unas veces elegantes y presentables, otras hasta mezquinos y de miseria. Nos reiríamos, sin duda, si alguien se empeñase hoy en explicarnos la Biología, la Medicina, la Química o cualquier otra Ciencia con arreglo a los principios o las normas que se expusieron en el comienzo de nuestra Era o aun en la Prehistoria. Pues bien, no se sorprendan ustedes, pero muchas de las ideas que hoy se dan como nuevas, como audaces y hasta revolucionarias, no hacen más que resucitar antiguallas, que, además, llevan el estigma del fracaso y del descrédito. Hubo en remotos tiempos instituciones que respondían, en la simplicidad esquemática de sus principios, a la naturaleza simple o sencillez del organismo para el que habían sido establecidas, y es un error pretender que aquellas normas, que en su tiempo correspondían a las elementales estructuras sociales de entonces, puedan tener aplicación hoy.

Uno de esos errores de perspectiva histórica es, precisamente, lo que ocurre con los principios del comunismo. Una parte de la humanidad vive en la esperanza de que la nueva civilización salvadora nos puede venir por el lado del comunismo ruso. Los que fían en tal ilusión no se han dado cuenta todavía de que el comunismo como doctrina político-social es un anacronismo social, una auténtica antigualla. El comunismo es una de las fórmulas más primitivas de estructuración político-social que se correspondía a unas sociedades humanas, a unos organismos primitivos en el orden social, porque ya se ha dicho que las estructuraciones sociales, elementales o primarias, como los organismos naturales también elementales o primarios, no tienen más que un órgano para manifestar todas sus funciones. Así el comunismo respondió a la

necesidad de aquellas comunidades humanas primitivas, poco densas en población, de necesidades elementales o sencillas, con sistema de producción de monocultivo, en las que apenas había jerarquía en el trabajo, que era casi igual para todos en su sencillez rudimentaria; en suma, todo organizado en una gran simplicidad. Pero pretender que aquellos esquemas político-económicos rudimentarios podían tener aplicación en nuestros días, frente a las necesidades complejas de nuestro tiempo — que se dice y no sin razón que el número de productos que circulan para nuestras necesidades rebasa en mucho la cifra del millón — cuando tenemos producciones voluminosas y tan diversas y nuestro espíritu se ha complicado en grado superlativo, pretender imponer unas normas rudimentarias y primitivas, como el comunismo, es asegurar que definitivamente estaban condenadas al fracaso. Lenin, que aplicó el comunismo o intentó aplicarlo con toda su pureza de principios, se encontró en seguida ante el dilema de que tenía que rectificar o hundía en la miseria y en el espanto del desorden a su país, y, además, podía provocarse una contrarrevolución. Por esto aquel hombre sagaz rectificó radicalmente en el campo más sensible, donde más notoriamente se habían de hacer visibles los fallos del comunismo y urgentes las rectificaciones, en el de la economía. Todos habéis oído hablar de la NEP, de la nueva política económica; fué una rectificación total con una reincorporación absoluta a las normas clásicas del capitalismo más conspicuo; y de la misma manera se ha ido después rectificándolo todo. No hace muchos días hemos leído que Rusia tiene que revisar el sistema educacional, porque es un fracaso. Recientemente, habréis tenido ocasión de leer las manifestaciones de Kruschev, que se lamentaba de que en su país y en el régimen había demasiados borrachos, estafadores y ladrones. Una confesión absoluta del fracaso social. No hay propiamente comunismo en Rusia, y sorprende que hablemos, para diferenciarnos, de los países *comunistas* de allá y los países *anticomunistas* de acá del telón de acero. Hablar hoy del comunismo ruso significa, o que no se sabe lo que es el comunismo o que se ignora lo que pasa en el interior de Rusia. Posiblemente es que no se sabe lo uno ni lo otro.

El mayor peligro que acecha para la esterilidad de las ciencias político-sociales en punto a dar fórmulas de solución práctica de los grandes problemas de los pueblos, es la propensión a caer en la utopía. Ésta suele aparecer en el pensamiento y en las aspiraciones de las comunidades humanas en seguida que los males sociales se ponen mayormente de manifiesto porque una cultura superior hace más supersensible el cuerpo social. Por esta razón, la utopía aparece en las civilizaciones antiguas, en los momentos de mayor esplendor de las culturas griega y romana, en el Renacimiento medieval, en el ilustrado siglo xix de la Enciclopedia

y es natural que también aparezca en nuestros días de tan gran desarrollo científico y de expansión de la cultura.

Los filósofos  
sin filosofía

Abandonamos este campo de las ciencias político sociales donde no esperamos se pueda encontrar solución a nuestros problemas fundamentales del orden político social, que son, en fin de cuentas, los que más se ligan con las inquietudes de nuestro espíritu.

Ahora llamamos discretamente a la puerta de un lugar que parece más apacible, es el lugar de los filósofos. Nos salen al paso unas personas de aspecto respetable, casi venerable, que hablan de manera imponente de cosas que parecen también trascendentales e impresionantes. La verdad es que se nos hace difícil entenderlos; emplean un lenguaje retorcido, un léxico cabalístico con una terminología arbitraria. Cada uno de ellos formula unas propias ideas y luego se recrea exponiéndolas y ahondando en ellas con la insistencia del que maneja un berbiquí para profundizar más y más el agujero que hace en la madera. Yo me acuerdo ahora de dos sentencias que he leído no sé dónde. Alguien, me parece que era un pensador francés, decía: "los filósofos son una gente que nada saben, pero que tienen la pretensión de saber de todo". Otro decía: "los filósofos emplean un lenguaje opaco, como expresión del ambiente de luz opaca de los rincones de las bibliotecas donde hacen sus estudios y sus meditaciones". Aun otro añadía: "los filósofos son escépticos, porque el escepticismo es la regla que dan ellos para una vida que ignoran por oficio". Mirándolo bien, la Filosofía actual no forma una ciencia propiamente dicha, es un contenido multiforme, un conglomerado de pensamientos y de escuelas vagas y diversas que se contradicen entre sí y se mantienen en una pugna abierta. Prescindamos de las Escuelas clásicas de la filosofía, olvidemos a Kant, Hegel, Schopenhauer, etc. y en nuestros días, solamente, en una rápida enumeración, tenemos el sustancialismo ontológico frente al fluxionismo, y como manifestaciones filosóficas, que se distinguen por el prefijo, el Biotismo, el Nonadismo, el Vitalismo, el Realismo, el Neotranscendentalismo, el Existencialismo y otros ismos que sirven para tortura de la memoria de los estudiantes de Enseñanza Media que han de estudiar filosofía y a las cuales se exige que conozcan todas estas Escuelas, sepan caracterizarlas o diferenciarlas. La ciencia de la filosofía de hoy muchas veces no es más que esto, un gran esfuerzo mental para llegar a descifrar el contenido y alcance de cada una de estas escuelas y, con un espíritu crítico, ser capaz de censurarlas a todas.

Entre los filósofos hay gente de extensa cultura, han leído mucho, son grandes eruditos, pero les vemos esclavos de la frase; la aspiración máxima de algunos de los llamados filósofos es ingeniarse en hacer frases lapidarias, enriquecer los diccionarios de

aforismos y sentencias; parece que el mayor orgullo de esos filósofos es dar con una de estas frases que se incorporan al diccionario poniendo al final un paréntesis con su nombre. Algunos hacen observaciones agudas, dicen cosas trascendentales y profundas; otros se empeñan en hacer trascendentales sus reflexiones sobre las cosas más nimias y superficiales de la vida. La Filosofía ni en uno ni en otro caso nos resuelve los problemas reales y prácticos de nuestra vida; en el mejor de los supuestos nos alecciona sobre las potencias del alma o nos resuelve los problemas abstractos de las profundidades de nuestro espíritu; pero es donde el pensamiento humano se descarría más fácilmente y ahora anda más extraviado y confuso.

Hay una doble corriente filosófica. Una es la filosofía materialista, epicúrea, que exalta el egoísmo y el individualismo. Ésta va perdiendo terreno en el campo científico, pero lo gana en el campo de la experiencia real, pues vamos siendo cada vez más epicúreos y más materialistas. Existe luego otra filosofía moral, espiritual, elevada, a la que le ocurre lo contrario de la anterior, gana terreno y prestigio en el campo científico, en el del pensamiento, pero lo va perdiendo en el de la realidad; porque lo cierto es que a la moral se le ha hecho una mala fama. Cuando se nos habla de moral en seguida pensamos que son pragmatismos con limitaciones impuestas a nuestra libertad de gozar plenamente de la vida; se piensa que la moral significa abstinencias rigurosas, privaciones, sacrificios y no estamos para estas mortificaciones. Parece que no podemos llegar a comprender que lo moral significa precisamente un equilibrio de nuestro espíritu, un estado de conciencia puro, que nos permite el goce en las cosas más sencillas, en las acciones nimias e insignificantes. El hombre que disfruta realmente de la vida y el que sabe sacar partido de ella, es el que tiene el equilibrio espiritual para gozar de la auténtica felicidad de la vida recta, porque tiene un fondo y sentido moral. *o bondad duro*

*la bondad*

La Filosofía, a la que acudimos en busca de explicación y normas para las grandes inquietudes de nuestra vida espiritual, porque se la considera como la suprema ciencia que habría de darnos el conocimiento y la razón justificativa de nuestros actos, tampoco nos sirve para resolvernos los problemas angustiosos de la vida real de hoy, porque ahora no se trata de elevados pensamientos y profundas abstracciones, sino de principios de actividad, normas para la acción. Jastrow expresaba que el fracaso de la ciencia de la filosofía estaba, no sólo en la división de escuelas y cultos y la polémica entre los "ismos", sino por no saber acomodar y aquilatar los conceptos con la preocupación paralela de los problemas colaterales, de modo que aquéllos y éstos se concuerden en una línea de total interés.

En realidad la Ciencia filosófica es siempre incapaz de resolver

los problemas que se plantean y los que ella suscita, porque es en sí misma incertidumbre; cada generación trata de librarse de los postulados anteriores y busca y establece nuevas hipótesis; así aquélla no es conocimiento de un dado estado de cosas, sino también transformación de éste.

Barullo  
en el campo  
de la psicología  
y surmenaje  
en el derecho

En un lado de este mismo recinto de la Filosofía hay otros intelectuales que nos llaman la atención, son los psicólogos. Nos hacen señas de que nos aproximemos y nos dicen que ellos calan en la realidad de los problemas cuyos términos conocen bien, porque afirman que viven en la experiencia; sostienen que con el examen psicológico han penetrado en el fondo de los móviles de todas las manifestaciones de la actividad del hombre. En efecto, hay una psicología industrial y hasta económica, la psicología jurídica, la pedagógica o educacional, psicología médica, etc., etc. Estas afirmaciones nos atraen; pero en seguida vemos que por este lado de la psicología tampoco se está de acuerdo; también aquí luchan los pragmatismos, los practicismos y el fanatismo y no hay una unidad en el pensamiento psicológico.

La historia de la psicología es larga, pero en realidad es una historia apagada, silenciosa, hasta que traspuesta la segunda mitad del siglo XIX se produce como una explosión en las ideas y aparece rutilante una escuela psicológica que trata de explicarnos las actividades de la psico, de las facultades anímicas del hombre, diciendo que obedecen al móvil de reacciones biológicas y hasta fisicoquímicas. Por esto a esta escuela de la psicología se la llama "biológica" y también "atomística". Cuando se pensaba que con esta escuela podía llegarse a la unidad de concepto y de dirección en la psicología, al final de dicho siglo XIX surge otro estallido ideológico; se nos habla entonces de la nueva "psicología experimental", a la que se da el nombre de "totalitaria". La transición entre ambas vino, en realidad, a través de la escuela de Berlín, llamada de "forma", que estaba aun bastante impregnada de fisicismo y de fisiologismo. Cuando podía esperarse que con esta nueva psicología experimental se lograra la deseada unidad, no tardan en aparecer nuevas escuelas y tendencias: la escuela "estructural", con Krueger y Wellek, la científico-espiritual con Spranger, y después los ismos, los consabidos ismos, que en este caso son el funcionalismo, el psicoanalismo, el conductismo, el neovitalismo, el introspeccionismo, el gestaltismo, y por si fuese poco, aun hay los evolucionistas, los fenomenologistas, los estructuralistas, etc.

Tal confusión existe en el campo de la psicología, que los propios psicólogos hablan de crisis, de disolución, de disgregación; una disgregación a la que Palmés califica de morbosa y enfermiza. En el Congreso Internacional de Newhaven Calkins

exclamaba que la psicología es una vergüenza de la ciencia moderna.

Con todo eso deseamos también abandonar este recinto, pues tampoco encontramos por ahí la solución; pero nos retienen la atención unos esfuerzos más recientes que se hacen para intentar una especie de simbiosis que tiene el valor normativo de una unidad vital; se trata de ver cómo se reúnen, después de una depuración previa, todas las escuelas psicológicas vigentes. En verdad tales esfuerzos se van realizando sin grandes resultados prácticos y en el campo de la psicología sigue abierta y profunda la diferencia entre la interpretación horizontal, que se llama también "actualista", y la interpretación vertical que se califica a sí misma de "dinámica" y "biológica".

Y así, señores y amigos míos, podríamos seguir caminando por otros lados del laberinto; pero ustedes estarán ya fatigados y yo creo que también. Asomémonos únicamente en el lugar del laberinto donde están los juristas y verán ustedes que hablan del "surmenage" del derecho. Surmenage quiere decir un estado de cansancio enfermizo, patológico, a consecuencia de un esfuerzo cerebral excesivo y sostenido. Hablan también de inflación jurídica, de una proliferación peligrosa de la juricidad y de las normas. Nos parece oír la voz del profesor de Berna, Huber, cuando exclama: "el derecho está en decadencia y la decadencia del derecho es universal". ¿Para qué seguir fatigándonos en el recorrido de ese laberinto en donde la ciencia no nos da solución de salida para nuestros problemas espirituales? Entonces, meditando fríamente, hemos de hacernos unas reflexiones casi vulgares.

Cuando vamos en grupo por un camino y encontramos un obstáculo serio, se reacciona de tres maneras diferentes. Unos, los impacientes, los irreflexivos, los que se creen más audaces, se desesperan ante el obstáculo y en seguida saltan fuera de la ruta y tiran a campo traviesa; son los que suelen extraviarse. Hay otros, los timoratos, los irresolutos, que ante el obstáculo optan por volver grupas al punto de su procedencia y se consuelan a sí mismos y tratan de justificarse ante los demás, diciendo: "yo no tenía gran ilusión por ir allí". Únicamente los hombres decididos, que miden la naturaleza y el volumen del obstáculo y se disponen a superarlo, se organizan en equipo y cada uno aplica su trabajo a aquello para lo que tiene una aptitud, y surgen jerarquías naturales de mando de los que tienen la capacidad de dirección; todos juntos se afanan en el esfuerzo, porque saben que el tiempo que pierden en eliminar los obstáculos lo ganarán cuando el camino quede expedito; solamente éstos van adelante, son éstos los que llegan al final. Aun hay, en los que transcurren por los caminos, una gente extraña, sorprendente; son aquellos a quienes

Triple acritud  
ante los  
obstáculos  
en el camino

parece les molesta la comodidad, que toman por rutina; se rebelan de tener que marchar por un camino llano, que está trazado, que es un itinerario que les marca las estaciones y el punto final a donde van a llegar; ellos quieren la aventura, ir por su cuenta, y se salen también del camino trazado, que les parece una sujeción, para buscar vericuetos, ir por pasos extraviados y, naturalmente, son los que se extravían y hasta los que se despeñan.

Pues bien, señores, cuando en el camino de la vida espiritual, el camino que seguimos en nuestra sociedad, encontramos obstáculos de ese orden espiritual, que nos parecen insuperables, reaccionamos de la misma manera, en diversas formas. Hay algunos vehementes, impulsivos, exaltados, que se salen pronto fuera del camino, que quiere decir que se salen fuera de la legalidad constituida; para éstos, ante las dificultades de la vida en la comunidad social o sus propias contrariedades, no hay más solución que la revolución catastrófica; a la primera adversidad, en cuanto se sienten incómodos, vienen a preconizar aquello de "que se prenda fuego en la azotea de la casa y que se caliente el polvorín que está en el sótano"; esto es, que se debilite y se destruya lo que está en alto, que es el gobierno de la nación, y que además se exciten los bajos fondos de las pasiones, que están en las capas inferiores de los reductos sociales. Lo que pasa, en verdad, con el que prende fuego en la azotea y activa el polvorín del sótano de la casa es que se queda sin ella, y esto es lo que suele ocurrir. A estos hombres de espíritu destructor se unen aquellos otros escépticos, los cansados de la comodidad y del bienestar de la tranquilidad social, los del snobismo, que creen que es elegante manifestarse siempre disconformes con todo y dispuestos a sumarse a los extravíos innovadores de los exaltados. En segundo término están también aquí los apáticos, los indiferentes del desaliento fatalista, los hombres de todas las claudicaciones y de los renunciamientos, los que abúlicamente dejan hacer a los profesionales del desorden y se vuelven al punto de partida. Sólo para salvar a los pueblos hay el tercer grupo, el de los que están dispuestos a tener conciencia exacta de su deber, de su obligación social, los que son conscientes para medir su propia capacidad para aplicarla a un esfuerzo vital y sostenido según sea aquella capacidad y para disciplinarse en el ejercicio de ese esfuerzo colectivo; los que tengan alta moral para desempeñar el trabajo; energía serena para eliminar los obstáculos.

La pequeña  
fácil puerta  
de salida  
del laberinto

Los que hayáis entrado en alguno de esos laberintos que suelen instalarse en las ferias, observaréis que al final es una cosa decepcionante. Un hombre de la empresa, cuando llega el momento oportuno, os conduce y abre un portillo pequeño y os dice: "por ahí está la salida". Entonces reparáis que podíais haberla

visto. La salida sencilla que os dan en esos laberintos viene a ser la que yo acabo de enunciaros: una puerta pequeña. Pero ¡ah!, quizá cada uno de vosotros, después de haber deambulado algo desconcertados y extraviados por la vida, un día os detendréis a pensar y diréis "pude haber dado con la salida". Porque la salida para todos es que quizá con un poco menos de ciencia, pero con una mayor conciencia de nosotros mismos, con mayor sentido de nuestra responsabilidad, situándonos mejor cada uno de nosotros en el lugar que nos corresponde como molécula dentro del cuerpo social y sobre todo con un alto sentido moral y realista, es la única puerta por donde la sociedad puede escapar y salvarse. Y señores, dándoles las gracias a todos por la benévola atención con que me habéis escuchado, doy por terminado el discurso.



MINISTERIO  
DE CULTURA







MINISTERIO  
DE CULTURA

